

la noche, que rasgaba yo mismo sin pesar y lo rasgaba lejos de mí á merced de las olas y los vientos.

## XVI

Algunas veces Graziella, viéndome encerrado en mi aposento más tiempo que de costumbre, entraba tímidamente en mi aposento para arrancarme de las lecturas ó de mis ocupaciones. Acercábase sin ruido por detrás de mi silla, se empujaba con la punta de los pies por encima de mis brazos; sin comprenderlo, lo que leía ó escribía, con un movimiento repentino me quitaba el papel y me arrancaba la pluma de los dedos y echábase á correr. Perseguíala yo por el terrado, me enfadaba un poco, y ella se reía, perdonábala yo de buen grado, pero me reprendía seriamente como hubiera querido hacerlo una madre.

«¿Qué dice hoy ese libro á vuestros ojos durante tanto tiempo? murmuraba con cierta impaciencia mezclada de enojo. ¿No acabarán jamás de leerse esas líneas negras de ese papel tan viejo? ¿No bastantes historias para contárnoslas los domingos y todas las noches del año, como la que tanto me hizo llorar en Prócida? ¿A quién escribis por las tardes esas cartas largas que arrojáis por las mañanas al viento del mar? ¿No conocéis que os perjudicáis cuando os ponéis muy pálido y distraído cuando leéis ó escribis ó leéis mucho tiempo? ¿No es mejor hablar con mi amigo que os miro, que hablar días enteros con las palabras ó con esas sombras que os escuchan? Dios mío! que no tuviera yo tanto talento para escribir esas hojas de papel para hablaros todo el día y para todo lo que me preguntaseis sin necesidad de cansaros la vista y consumir todo el aceite de la lámpara.» Ocultábase entonces mi libro y me miraba; me traía mi capote y mi gorro de mar y me obligaba á salir para distraerme.

Yo murmuraba, pero obedecía.

## CAPITULO IV

## I

Yo me iba en cuando, salía yo á dar largos paseos por el campo, por los muelles y por el campo, pero estos paseos solitarios no eran tristes como en los primeros días de mi vuelta á Nápoles. Gozaba deliciosamente de los espectáculos de la costa, del cielo y de las montañas. Ya no me abrumaba el momentáneo pesar de la enfermedad; me recogía en mí mismo, y reconstruía las fuerzas de mi corazón y de mi cabeza. Sus pensamientos y pensamientos amigos me seguían por las montañas y por aquellos desiertos, y que á la vez me esperaban corazones que me querían.

Yo me acordaba ya el pájaro que pía alrededor de nidos extranjeros según la expresión de la vieja; sino el pájaro que ensaya en volar á largas distancias de la rama á la rama, sustenta, pero que sabe el camino para volver á casa. Todo el cariño que tenía á mi amigo ausente me fluía sobre Graziella. Este mismo sentimiento tenía algo de más vivo y tierno que el que yo tenía á él, parecíame deber el uno al hábito y las circunstancias, al paso que el otro había nacido conmigo y lo había conquistado por mi propia voluntad.

Yo sentía aquello amor, yo no sentía agitación, ni preocupación apasionada, sino una calma que me venía en vez de una fiebre dulce del alma y de los sentidos. No pensaba en amar ni ser amado de otra persona. No sabía si ella era un compañero, un amigo, una hermana ú otra cosa para mí; sabía solamente que era feliz con ella, y que ella lo era conmigo.

Yo necesitaba absolutamente nada más. No me enorgullecía en esa edad en que analiza uno á sí mismo para darse una vana definición de su felicidad. Bastábame estar tranquilo y ser dichoso sin

saber de qué y por qué. La vida en común y el aislamiento dividido en dos, estrechaban cada día la inocente y grata familiaridad entre nosotros. Era pura ella en su abandono, como tranquilo yo en mi abandono.

## II

Hacia tres meses que era yo de la familia, que habitaba el mismo techo, y que formaba, por decir así, parte de su pensamiento; la misma Graziella había acostumbrado tanto á mirarme como insensible de su corazón, que tal vez no se apercibía de todo el lugar que yo ocupaba en él. No tenía conmigo ese temor, esa reserva y ese pudor que se imponen en las relaciones de una doncella y un joven, y que frecuentemente hacen nacer el amor. Las mismas precauciones que se toman para protegerse de él. No sospechaba ella, y yo mismo tampoco lo advertía, que sus gracias de niña, desarrolladas ya en muy pocos días, convertían su belleza en un poder, en una admiración, y en un peligro para mí. No se tomaba el menor cuidado en ocultar sus adoradas á mis ojos, ni pensaba en esto más que una hermana piensa en si es hermosa ó fea á los ojos de su hermano; ni se calzaba con más frecuencia los pies desnudos cuando vestía por las mañanas á los hermanitos mientras tomaban el sol sobre el techo, ó ayudaba á su abuela á barrer las hojas secas que caían sobre el techo. Entraba á todas horas en mi cuarto siempre abierto, y se sentaba tan inocentemente como Beppino en la silla que había al pie de mi cama.

Yo mismo pasaba los días de lluvia horas enteras solo con ella en la estancia contigua, donde trabajaba con los niños y trabajaba el coral. Ayudábala á hacer y jugando en su oficio, que ella me enseñaba. Menos diestro pero más fuerte que ella, lograba gastar mejor los pedazos de coral. De este modo hacíamos doble tarea, y en un día ganaba doble

que las noches, al contrario, cuando los niños y la abuela se acostaban era la discípula y yo el maestro. Hacía á leer y á escribir, haciéndola deletrear los libros, y llevándola la mano para enseñarla á escribir las letras, pues como su primo no podía venir los días, yo era quien le reemplazaba. Bien que aquel joven contrahecho y cojo no inspiraba en mí una bastante atractivo y respeto, á pesar de la pobreza, de su paciencia y de la gravedad de sus maneras, bien fuese que tuviera ella misma demasiadas distracciones en las horas de lección, el resultado era que hacía menos progresos con él que conmigo. Al fin de la noche de estudio se pasaba en jugar, pero en remedar al pedagogo; pero demasiado tímido el primo de su discípula y demasiado tímido el primo de su discípula, no se atrevía á reñirla; antes bien hacía ella quería á trueque de no verla fruncir el ceño, hacer con sus labios el gesto de costumbre. Durante la hora destinada á leer se pasaba en jugar con los granos de coral, en devanar la lana para el uso de la abuela, ó en componer las mallas de Beppo. Todo estaba bien para él siempre que al marcharse le sonriera Graziella con comedimiento, y le dijese *addio* con un sonido de voz que significaba decir ¡hasta la vista!

## III

Lo que sucedía lo contrario; la lección era siempre larga y muchas veces se prolongaba hasta que los ojos se cerraban de sueño. Véase por su cara cansada, por su cuello erguido, y por la inmovilidad de su actitud, y de su fisonomía, que Graziella se esforzaba todo lo posible para aprender. Hacía su codo sobre mi hombro para leer en donde mi dedo trazaba la línea é indicaba la sílaba que había de pronunciar. Cuando escribía, me daba los dedos en mi mano para guiar á medias su escritura. Si veía alguna equivocación, la reñía con aire

severo; pero la pobre no respondía, y solo se impusieron á ella algunas veces de la naturaleza de una amistad que nos bastaba para puesta á llorar; pero entonces suavizaba yo la voz y dichosos.

Yo la recompensaba leyéndola algunas páginas de *Pablo y Virginia*, que prefería á todo ó algunas de las estrofas de Tasso cuando describe la vida campestre de los pastores entre quienes habita Hermito, ó canta las quejas ó la desesperación de los amantes. La música de aquellos versos la hacía llorar y meditar, mucho tiempo después de haber cesado la lectura. La poesía no tiene eco más sonoro y prolongado que el corazón de la juventud donde nace el amor. Es como el presentimiento de todas las pasiones, y más adelante como su recuerdo y tristeza. De esta suerte nos hace llorar en las épocas extremas de la vida; cuando jóvenes de esperanza, y cuando viejos de dolor.

## IV

La familiaridad de aquellas largas y plácidas noches á la luz de la lámpara y al suave calor del brasero, no nos producía jamás otros pensamientos que otra intimidad que la intimidad de niños. Estábamos defendidos, yo por mi indiferencia casi fría, y por su candor y su pureza; así es que nos separábamos tan tranquilos como nos habíamos reunido un momento después de aquellas largas conversaciones dormíamos bajo un mismo techo á muy pocos pasos uno de otro, como dos niños que han dormido juntos por la noche, y no sueñan nada más que sus simples distracciones. Esta calma de sentimientos que se ignoran y se alimentan por sí mismos, hubiera durado años enteros sin una circunstancia

lo cambió todo, y nos reveló á nosotros mismos la naturaleza de una amistad que nos bastaba para dichosos.

## V

Este era el nombre del primo de Graziella), continuaba viniendo con más asiduidad de día en día á pasar las noches de invierno en compañía de la familia del *marinero*. Aunque la joven no le daba ninguna muestra de preferencia, antes bien era el objeto habitual de sus burlas, el pobre Cecco se prenia, ó canta las quejas ó la desesperación de los amantes. La música de aquellos versos la hacía llorar y meditar, mucho tiempo después de haber cesado la lectura. La poesía no tiene eco más sonoro y prolongado que el corazón de la juventud donde nace el amor. Es como el presentimiento de todas las pasiones, y más adelante como su recuerdo y tristeza. De esta suerte nos hace llorar en las épocas extremas de la vida; cuando jóvenes de esperanza, y cuando viejos de dolor.

ella no podía menos de agradecer su comportamiento y manifestarle esa gratitud por medio de una palabra. Esto le bastaba á él, pues pertenecía á esa clase de hombres dotados de corazón débil, pero amante, que sintiéndose desheredados por la naturaleza de las cualidades que hacen que seamos amantes, se contentan con amar sin correspondencia, y entregan como esclavos voluntarios al servicio ya no á la felicidad de la mujer á quien someten el corazón. No son estas las más notables, pero son las más interesantes naturalezas. ¡Compadezcamos y miremos á esta clase de hombres! Amar para ser amado, es propiedad del hombre; pero amar por amar, es propiedad de los ángeles del cielo.

## VI

Bajo la figura más desdichada había algo de angelical en el amor de Cecco. Así es, que lejos de humillarse ó llenarse de envidia por las familiaridades ó preferencias de que era yo objeto á sus ojos por parte de Graziella, me amaba, porque ella me amaba. En efecto de su prima no pedía él el primer lugar ni nos el único, sino el segundo ó el último: cualquier cosa la bastaba, y para agradarla un momento, obtener una mirada suya de complacencia, un

gesto y una palabra graciosa, habría venido á verme al fondo de Francia y llevarme á presencia de la mujer que á él me prefería. Aun creo que no hubiera aborrecido si hubiera causado pesadumbre á su prima.

Su orgullo estaba cifrado en ella como su amor; acaso también, frío en lo interior, reflexivo, sensato y metódico, tal como Dios y su enfermedad lo habían hecho, calculaba instintivamente que mi imperio sobre las inclinaciones de su prima no sería eterno; que una circunstancia cualquiera, pero inevitable, nos separaría; que yo era extranjero, de lejano, de condición y fortuna evidentemente incompatibles con las de la hija de un marinerito de Pezocida; que el día menos pensado se rompería la intimidad entre su prima y yo, del mismo modo que se había formado; que entonces se quedaría sola, abandonada, desconsolada; que esta misma desesperación hablaría su corazón, y se lo daría destrozado, por todo entero. Este papel de consolador y de amigo era el único á que podía aspirar; pero su padre tenía con respecto á él otro pensamiento y otros proyectos algo diferentes.

## VII

Conociendo la inclinación de Cecco á su sobrina venía á verla de vez en cuando. Admirado de su hermosura, de sus virtudes y de los rápidos progresos que hacía en el ejercicio de su arte, en la lectura y en la escritura; pensando por otra parte que las desgracias de la naturaleza no permitían á Cecco aspirar á otras ternuras que á las de conveniencia de familia, había resuelto casar á su hijo con su sobrina. Su fortuna, bastante considerable para un artesano, le permitía mirar su pretensión como un favor que Andrés, su esposa y Graziella no podrían siquiera en resistir. Sea que hubiese hablado de su proyecto á Cecco, sea que hubiese ocultado su pensamiento para sorprenderle con su felicidad, resolvió explicarse y se explicó.

## VIII

En víspera de Navidad entré más tarde que de costumbre á ocupar mi puesto en la mesa para cenar con mi familia. Observé alguna frialdad y alguna tristeza en la fisonomía evidentemente afectada de Andrés y su mujer. Fijando los ojos en Graziella, vi que había llorado. La calma y la alegría eran tan raras en su rostro, que aquella expresión insólita de tristeza la cubría como con un velo material. Me acordé dicho que la sombra de sus pensamientos sobre su corazón se había esparcido sobre sus facciones quedé petrificado y mudo no atreviéndome á mirar á aquellas pobres gentes ni á hablar á ellas, temeroso de que el solo sonido de mi voz pudiera estallar su corazón.

Según su costumbre, no me miraba. Con mano firme llevaba los pedazos de pan á su boca, y como que comía; pero no podía y echaba el pan debajo de la mesa. Antes de concluir la cena me pretextó de acostar á los niños y los llevó á su cuarto, donde se encerró sin decir adiós á sus hijos ni á mí, y nos dejó solos.

Cuando salió del comedor pregunté al pescador y al carpintero la causa de la seriedad que en ellos se notaba así como la tristeza de su nieta. Entonces me contaron que el padre de Cecco había venido á casa mañana y pedido su nieta en matrimonio para su hijo; que esta era una gran felicidad para la familia; que Cecco tenía bienes; que Graziella, que era buena, se llevaría consigo y educaría á sus hijos como á sus manitos como hijos propios: que de este modo quedarían ellos libre de la miseria su ancianidad; que habían consentido llenos de agradecimiento á Cecco aquella boda; que habían hablado de esto á Andrés, la cual no había contestado nada por timidez; que su silencio y sus lágrimas eran prueba de su sorpresa y de su emoción, pero que todo esto se pasaría como una mariposa sobre una flor; y

por último, que el padre de Cecco y ellos acordado celebrar las bodas después de la pascua de la Natividad.

## IX

Ellos continuaron hablando, aunque hacía largo rato que yo no los escuchaba. No me había dado cuenta á mí mismo de la clase de cariño que tenía á Graziella. No sabía como la amaba; si por efecto de una simple intimidad, de amistad, amor ó de hábito, ó eran todos estos sentimientos reunidos los que componían mi inclinación. Pero la idea de ver repentinamente cambiadas todas aquellas tiernas relaciones de la vida y del corazón que se habían establecido y como cimentado sin saberlo entre ella y yo; el pensamiento de que iban á arrancarme para darla de repente a otro; que de consueñera y hermana mía que era á la sazón, iba á hacerme extraña é indiferente para conmigo; que se ausentaría de aquellos sitios; que ya no la vería a las horas; que tampoco oiría su voz llamarme; que no leería ya en sus ojos aquel rayo que constantemente se dirigía á mí reflejando su luz acariciadora y luminosa, que alumbraba tiernamente mi corazón y me recordaba á mi madre y á mis hermanas; que la noche profunda que me figuraba á mi alrededor desde el momento en que su marido la llevara a casa; aquella estancia donde ya no dormiría; aquel aposento donde no entraría; aquella mesa donde ya no estaría sentada; aquel terrado donde no oiría el ruido de sus pies desnudos ó de su voz al despertarme por las mañanas; aquellas iglesias á donde ya no la acompañaría los domingos; aquella barca que quedaría vacante su puesto, y donde ya no estaría yo sino con el viento y las olas, las imprecaciones y agolpadas y confundidas de todas aquellas gentes acostumbradas a nuestras costumbres de nuestra vida pasada, que asaltaban la vez mi pensamiento y se desvanecían de repente para dejarme como en un abismo de soledad.

me hizo sentir por primera vez lo que era para mí la compañía de aquella joven, y me mostró harto pronto que amor ó amistad, el sentimiento que me atraía a ella era más fuerte de lo que yo creía, que el encanto, desconocido aún para mí mismo, que me atraía a la vida salvaje en Nápoles, no era el mar, ni la ciudad, ni la humilde estancia que ocupaba en la casa, ni el pescador, ni su mujer, ni Beppo, ni los niños, sino un solo sér, y que en cuanto desapareciera de la casa este sér, desaparecía todo á un tiempo para mí. Faltando ella, nada me quedaba. Yo experimenté, y este sentimiento confuso hasta entonces y que jamás me había confesado, descargó sobre mí tal golpe que se estremeció todo mi corazón, y yo experimenté cierta cosa de lo infinito del dolor por lo infinito de la tristeza en que mi corazón quedaba sumergido.

## X

Yo me y pensativo me encerré en mi aposento y me vestí sobre mi cama. Quise leer, escribir, trabajar, distraerme con algún trabajo de espíritu que me fuera capaz de dominar mi agitación; pero todo me resultó inútil. La agitación interior era tan fuerte que me impedía tener dos pensamientos, y la misma posesión de mis fuerzas me impedía reconciliar el mundo. Jamás la imágen de Graziella se me había aparecido tan encantadora y tan obstinada delante de mis ojos. Gozaba con aquella imágen como con una cosa que se ve todos los días, y cuya dulzura no se pierde sino al perderla. Su misma belleza no era para mí hasta aquel día, porque confundía la imágen que experimentaba con el efecto de la amistad que mutuamente nos profesábamos. Ignoraba que mi cariño tuviese nada de particular, y yo sospechaba tampoco la menor pasión en su terreno. Durante aquella noche de insomnio, no acertaba

á darme cuenta exacta de todo esto, porque todo me confuso en mi dolor y en mis sensaciones. Halléme como un hombre aturdido por un golpe repentino, que no sabe todavía donde tiene el dolor, pero que le siente en todas partes.

Abandoné mi cama antes que se sintiese el mareo en la casa. Un instinto secreto me impidió alejarme por espacio de algún tiempo, como si la presencia pudiera turbar en semejantes momentos el santuario de aquella familia, cuya suerte se agobiaba de aquella manera delante de un extranjero.

Salí advirtiendo á Beppo que no volvería hasta dentro de algunos días, y tomé á la ventura la dirección que me trazaron mis primeros pasos. Seguí los largos muelles de Nápoles, la costa de *Reggio de Pórtici*, el pie del Vesubio, tomé guías en *Torre del Greco*; me acosté sobre una piedra á la puerta de la ermita de *San Salvatore*, en los confines donde acaba la naturaleza habitada y empieza la región de fuego. El volcán estaba hacia algún tiempo en calma y lanzaba á cada sacudimiento nubes de ceniza y de piedras, que durante la noche oíamos caer hasta al barranco de Cava, que está al pie de la ermita, y mis guías no quisieron acompañarme á los lejos. Subí solo y trepé penosamente el último cerro apoyando mis pies y mis manos en una ceniza espesa y abrasadora, que se hundía bajo el peso del cuerpo. El volcán rugía y tronaba por momentos. Las piedras calcinadas y todavía rojas llovían á mi alrededor apagándose en la ceniza. Nada me detuvo. Llegué hasta la orilla extrema del cráter y allí me senté. Vi levantarse el sol sobre el golfo, sobre el campo y sobre la brillante ciudad de Nápoles. Yo me mostré insensible y frío á ese espectáculo que tantos viajeros vienen á admirar desde mil leguas; pero en aquella inmensidad de luz, de mares, de cielo, de edificios, heridos por el sol, no buscaba más que un punto blanco en medio del verde obscuro de los árboles en la extremidad de la colina del *Pausilipo*, donde creía distinguir la cábaña de Andrés. Por eso que mire el hombre y abarque el espacio con su

la naturaleza entera no se compone para él sino de tres puntos sensibles, á los que refluye toda su alma. Quitad de la vida el corazón que os anima, ¿qué queda en ella? Lo mismo sucede con la naturaleza. Borrada de ella el sitio y la casa que buscabamos, ¿qué queda en ella? Borrados nuestros pensamientos ó pueblan vuestros recuerdos, y no quedará más que un vacío brillante, en el que la mirada se sumerge sin hallar fondo ni resaca. Después de esto, ¿nos admiraremos de que las mismas escenas de la creación sean contempladas de una diversa manera por los viajeros? Cada uno de ellos lleva consigo su punto de vista. Una nube cubre el alma y descolora más la tierra que cubre la nube sobre el horizonte. El espectáculo está en el espectador.

## XI

Yo miré todo y no ví nada. En vano descendí como un insensato agarrándome á los pedazos de lava hasta el fondo del cráter. En vano salvé las grietas profundas cuyo humo y llamas rastreras me ahogaban y quemaban. En vano contemplé los grandes grupos de azufre y de sal cristalizados que se asemejan á ventisqueros iluminados por aquellas bocanadas de fuego. Permanecí tan frío á la admiración como al peligro. Mi alma estaba en otra parte, y en vano quería separarla de allí.

Por la tarde bajé á la ermita y despedí mis guías; paseé las ruinas de Pompeya y pasé un día enteramente paseándome por las calles desiertas de la ciudad destruida. Aquel sepulcro abierto después de dos mil años restituyendo á la luz del sol sus calles, sus monumentos y sus artes, me dejó tan insensible como el Vesubio. Hacía tantos siglos que el viento de la muerte había barrido el alma de aquella ceniza, que yo no me hablaba el corazón. Bajo mis plantas hoqueaba aquel polvo de hombres en las calles de la ciudad con tanta indiferencia como los mon-

tones de conchas vacías arrastradas por el mar sobre sus orillas. El tiempo es una gran mar que se desborda como el otro mar y arrastra y confunde nuestros restos. No podemos llorar á todos. Cada hombre tiene sus dolores, y cada siglo su compasión y esto basta.

Al dejar á Pompeya penetré en las gargantas de las espesas montañas de Castellamare y de Sorrento. Allí viví algunos días, yendo de pueblo en pueblo, y haciendo que me guiaran los cabreiros á los sitios más afamados de sus montañas. Creían que era yo era un pintor que estudiaba puntos de vista porque de vez en cuando escribía algunas notas en un librito de dibujo que mi amigo me había dado. Yo no era más que un alma errante que vagaba por el campo para gastar los días.

No pude continuar más tiempo aquel género de vida y cuando pasaron las fiestas de Navidad y el bien ese primer día del año que los hombres hacen como para seducir y amansar el tiempo con algunas coronas, como un huésped severo á quien se quiere enternecer, me apresuré á regresar á Nápoles. Allí de noche en la ciudad, fluctuando entre la impaciencia de volver á ver á Graziella y el temor de que ya no la vería. Me detenía veinte veces al borde de las barcas al aproximarme á Margellina.

A pocos pasos de la casa encontré Beppo, el cual lanzó un grito de alegría al verme y se abalanzó á mi cuello como un hermano. Me llevó á su casa y me contó lo que había pasado en mi ausencia.

Todo había cambiado en la casa. Graziella no estaba más que llorar desde que yo parti. No se sentaba á la mesa para comer. No trabajaba ya el coral y sabía todos los días encerrada en su cuarto sin que respondiera cuando la llamaban, y todas las mañanas paseándose en el terrado. Decían en la vecindad que estaba loca ó *innamorata*; pero él sabía bien que no era verdad.

Todo el mal provenía, decía el niño, de que querían casarla con Cecco á quien ella no amaba.

había visto y oído todo. El padre de Cecco todos los días á pedir una respuesta á los abuelos Graziella, y éstos no cesaban de atormentarla que diese al fin su consentimiento; pero ella quería siquiera oír hablar de esto, y decía que pasaría á Ginebra, lo cual para el pueblo de Nápoles equivaldría á decir: «antes me casaré con el suicidio eterno del alma. Andrés y sus amigos que adoraban á Graziella, se desesperaban al verla como ellos querían. Rogábanla y la instaban á que se casara con Cecco; pero ella se iba descontento y volvía al día siguiente siempre el mismo. «Mi hermana hace muy mal, decía Beppino. «Ella ama tanto y es tan bueno! ¡Sería tan feliz si se casara con Cecco! En fin, esta tarde, añadió, se ha dejado ventear las súplicas de mi abuelo y abuela y por las manos de Cecco. Ha abierto un poco la puerta, le he tocado la mano y puesto una sortija en su dedo. ¿Pero qué sabe si mañana tendrá otro capricho? ¡Ella es tan amable y tan alegre! ¡Dios mío! ¡qué hermosa está! ¡no la conoceríais!»

## XII

Como yo me acostó en la barca, y yo, enterado por cuánto tiempo había pasado, entré en casa. Allí Cecco y su mujer estaban solos en el *astrico*; recibílosme afectuosamente; pero me dirigieron tierceras convenciones por mi ausencia tan prolongada,

y me contaron sus penas y sus esperanzas con respecto á Graziella. «Si hubierais estado aquí, me Andrés, vos, á quien ama tanto, y á quien dice no, nos hubierais servido de mucho. ¡Cuánto nos alegramos de veros! Mañana es la boda, asistiréis á ella, porque vuestra presencia ha sido siempre la felicidad á nuestra casa.

Un sudor frío bañó todo mi cuerpo al oír esas palabras. Cierta presentimiento me decía que la desgracia de aquellas pobres gentes había de venir de mí. Deseaba y temía ver á Graziella, que procuraba hablar alto á sus abuelos, y pasaba muchas veces por delante de su puerta como quien quiere llamar, pero desea ser oído. Ella permanecía muda, no parecía. Entré en mi aposento y me acosté. Cierta calma que produce siempre el alma agitada la cesación de la duda y certidumbre, aunque sea de la desgracia, se apoderó al fin de mi espíritu. Caí sobre mi cama como un cuerpo muerto y sin movimiento. El cansancio de los pensamientos y de los miembros me sumergió pronto en sueños confusos y después en el anonadamiento.

## XIII

Durante la noche desperté dos ó tres veces. Una de esas noches de invierno, más raras, pero más siniestras también que en otra parte en los días cálidos y á orillas del mar. Los relámpagos se sucedían sin interrupción y penetraban por las rendijas de mis ventanas, como el centelleo de un fuego que se reflejaba en las paredes de mi aposento. El viento aullaba como jaurías de perros hambrientos. Los golpes sordos de un mar pesado en la playa de la Margellina hacían resonar toda la casa como si hubiesen arrojado en ella pedazos de hierro.

Mi puerta temblaba y golpeaba al soplo del viento. Dos ó tres veces me pareció que se abría y se cerraba por sí misma, y que oía gritos ahogados y

como en los silbidos de la tempestad. Hasta una vez creí haber oído resonar palabras y pronunciar un nombre por una voz lastimera que pedía socorro. Me incorporé en la cama y ya no oí nada: creí que la tempestad, la fiebre y los sueños me absorbían en visiones y volví á caer en el letargo.

La mañana la tempestad había sido reemplazada por un sol brillante. Despertáronme gemidos y susurros á gritos de desesperación del pobre pescador y de su mujer, que se lamentaban amargamente en el umbral de la puerta de Graziella. La muchacha había huido durante la noche, y al día de partir había despertado y abrazado á sus abuelos, haciéndoles señas de que callasen. Sobre la cama había dejado sus mejores vestidos, sus pendientes, sus collares y el poco dinero que poseía. En su bolsillo tenía en la mano un pedazo de papel mojado con algunas gotas de agua, que había hallado en el suelo con un alfiler en la cama. Contenía cinco líneas que lleno de consuelo me rogó leyese. Leí el papel y no pude comprender más que estas palabras escritas con mano trémula en el acceso de dolor y que con trabajo descifré:

«No te prometido demasiado... perdonadme, mis abuelos. Prefiero encerrarme en un convento. Consuelen ustedes á Cecco y al señorito. Yo me voy á Dios por él y por los niños. Dadles todo lo que necesiten: la sortija á Cecco.»

La lectura de estas líneas toda la familia se desahogó una vez en lágrimas. Los niños, todavía desnutridos, viendo que su hermana había partido para siempre, mezclaban sus gritos con los gemidos de los viejos, y corrían por toda la casa llamando á Graziella.

## XIV

Al día siguiente se me cayó de las manos; al querer recoger el papel en el suelo debajo de mi puerta una flor de papel que había admirado el último domingo en



los cabellos de Graziella, y la medallita de oro que llevaba siempre en su seno y que pocos meses antes había prendido en la cortina de mi camarote mi enfermedad. Ya no dudé de que mi pecho se había abierto y cerrado efectivamente durante la noche, y de que las palabras y los sollozos sollozos que había creído oír y tuve por los quejidos del viento, eran los adioses y los sollozos de la niña. Un espacio seco en el umbral exterior de mi aposento, en medio de los vestigios de la lluvia que cubrían el resto del terrado, atestiguaba que la niña se había sentado allí durante la tempestad, y que había pasado su última hora quejándose y llorando acostada ó arrodillada sobre aquella piedra. Busqué la flor de granado y la medalla y las oculté en mi seno.

Aquellas pobres gentes en medio de su desesperación se complacían en verme llorar con ellas, y lo que pude para consolarlas y convenimos en que si encontraban á su hija no le volverían á hablar. Cecco. El mismo Cecco, á quien Beppo había buscado, fué el primero en sacrificarse por la niña aquella casa y por la vuelta de su prima. Por eso que fuera su desesperación se creía feliz cuando haber visto escrito con ternura su nombre en el muelle; y hallaba una especie de consuelo en esa mala despedida que causaba su desesperación.

«Ha pensado en mí, y sin embargo,» decía, enjugaba los ojos. Convinimos todos en no desistir hasta dar con las huellas de la fugitiva.

Cecco y su padre salieron apresuradamente á ir á informarse en los numerosos conventos de las niñas de la ciudad. Beppo y la abuela corrieron á todas las jóvenes amigas de Graziella, á quienes suponían enteradas de su proyecto y de su fuga como extranjero me encargué de visitar los muelles de Nápoles y las puertas de la ciudad para preguntar á los guardas, á los capitales del buque y á los marineros, por si alguno de ellos había visto á una joven procitana salir de la ciudad y embarcarse aquella mañana.

La mañana transcurrió en inútiles pesquisas, y volví á los silenciosos y tristes á casa para contarnos los pasos que habíamos dado, y para pensar de nuevo lo que debería hacerse. Nadie, excepto los niños, tuvo fuerzas para llevar un pedazo de pan á la boca. Andrés y su mujer se sentaron desahogados delante de la puerta del cuarto de Graziella. Cecco y Cecco volvieron á recorrer sin esperanza los muelles y las iglesias que se abren por las noches de Nápoles para rezar el rosario.

## XV

Me quedé solo detrás de ellos y tomé á la ventura el camino que conduce á la gruta del Pausilippo. Pasé por Capri y fui hasta las orillas del mar, que baña la isla de Nisida.

Desde la plaza dirigí la vista á Prócida, que se ve desde allí como la concha de una tortuga en las azuladas olas. Naturalmente se trasladó mi pensamiento á aquella Isla y á aquellos días de fiesta que yo había pasado allí con Graziella. Me acordé de haber conocido allí una amiga casi de su edad, hija de un pescador habitante de las cabañas vecinas, y que aquel día me llevaba un traje particular que no era el de las otras compañeras. Un día que la pregunté sobre los motivos de la diferencia de sus trajes, me contestó que era religiosa, aunque permanecía libre en casa de sus padres en una especie de estado intermedio entre el claustro y la vida de familia. Me enseñó la puerta de su monasterio. En la Isla había muchas, como en Ischia y en los pueblos de la campiña de Nápoles.

Me vino á la idea de que tal vez Graziella habría ido á Prócida á aquella amiga, y á pedirle que la abriera las puertas de su monasterio. Sin tomarme tiempo para reflexionar, eché á andar aceleradamente por el camino de Puzzolo, que era la población más inmediata á Prócida donde se encuentran barcas.

Llegué á Puzzolo en menos de una hora. Como el puerto, pagué doble cantidad de la acostumbrada á los remeros para estimularlos á que me llevaran á Prócida, á pesar de ser ya de noche y hallarse el mar embravecido. Pusieron la barca á flote, y yo cogí el par de remos con ellos. No sin gran trabajo conseguimos el cabo Miseno, y dos horas después llegué á la Isla y trepaba enteramente solo, jadeando y temiendo, en medio de las tinieblas y de los furiosos golpes del viento de invierno, las gradas de la empinada rambla que conducía á la cabaña de Andrés.

## XVI

«Si Graziella está en la Isla, me decía á mí mismo, habrá venido primero aquí impulsada por el instinto natural que lleva al pájaro á su nido ó al niño en la casa de su padre. Si ya no está, algunas huellas me dirán que ha pasado, y estas huellas conducirán tal vez donde esté. Si no la encuentro aquí ni tampoco sus vestigios, todo se habrá perdido; las puertas de algún sepulcro vivo se habrán cerrado para siempre sobre su juventud.»

Agitado por esta duda terrible pisé la última grieta. Subía la grieta de la roca donde la vieja ocultado al partir la llave de la casa. Separé la llave y metí la mano buscando á tientas la llave, sintiendo sentir la frialdad del hierro que me había quitado toda esperanza...

La llave no estaba allí. Lancé un grito de alegría y entré sigilosamente en el patio que había delante de la casa. Las puertas y las ventanas estaban cerradas; un ligero resplandor que salía de la higuera de la ventana y reflejaba sobre las paredes la lámpara encendida. ¿Quién á no ser la hija de la casa hubiera podido encontrar la llave, abrir la puerta y encender la luz? No me quedó duda que Graziella estaba á dos pasos de mí, y me arro-

me escalón para dar gracias al ángel que me guiado hasta allí.

## XVII

Me percibía ruido alguno en la casa. Apliqué el oído al umbral de la puerta y creí oír el débil rumor de una respiración y como sollozos en el fondo del aposento. Movi ligeramente la puerta como si quisiese sido agitada sobre sus goznes por el viento, para llamar poco á poco la atención de Graziella, y para que el ruido repentino é inesperado de la voz humana no la matase llamándola. La respiración cesó. Llamé entonces á Graziella á media voz, con el acento más tranquilo y tierno que me era posible. Un débil grito me respondió desde el fondo de la casa.

Llamé de nuevo suplicándola que abriese á su hermano, que venía solo á pesar de la oscuridad de la noche y de la furia de la tempestad, guiado por su buen ángel para buscarla, disculparla, apartarla de la desesperación, á traerla el perdón de su familia, el suyo, y volverla al cumplimiento de su deber, su felicidad, á su pobre abuela y á sus queridos hermanitos.

«¡Mios miol ¡es él! ¡es su voz!» exclamó sordamente, y me llamó con más ternura, dándola el nombre de Graziellina, que era el que empleaba algunas veces cuando jugábamos juntos.

«¡Es él, es él, dijo. ¡No me engaño, Dios mío! ¡Es él! ¡Es él!» cierto ruido como de hojas secas, lo cual me daba á entender que se había levantado, la oí dar un paso para venir á abrirme, y después caer de debilidad ó de agitación sin poder seguir adelante.

## XVIII

Ya no vacilé, di á la puerta un golpe con todas las fuerzas de mi impaciencia y de mi inquietud, cedió la cerradura, se abrió con aquel empuje, y me precipité dentro de la casa.

La lámpara encendida por Graziella delante de la Madona alumbraba con débil luz. Corrí al fondo de la segunda estancia donde había oído su voz y su caída y donde creía encontrarla desmayada. No lo estaba; pero su debilidad había podido más que su esfuerzo; había caído sobre el montón de hojas secas que le servía de lecho, y juntaba las manos al mirarme. Sus ojos animados por la fiebre, abiertos por la sorpresa y enternecidos por el amor, brillaban fijos como dos estrellas cuyas luces caen del cielo y parecen mirarnos.

Su cabeza que procuraba erguir, volvió á caer de debilidad sobre las hojas como si la hubiesen cortado el cuello. Estaba pálida como la agonía, excepto las mejillas teñido de un vivo color de rosa. Su bello cutis se hallaba jaspeado de manchas de lágrimas y del polvo que se había adherido á ellas. Su vestido negro se confundía con el color obscuro de las hojas esparcidas por el suelo y sobre las cuales estaba acostada. Sus pies desnudos, blancos como el mármol, sobresalían del montón de hojas y descansaban sobre la piedra. Una fuerte convulsión agitaba todos sus miembros y hacía chocar sus dientes como las castañuelas en manos de un niño. El pañuelo encarnado que envolvía ordinariamente las largas trenzas negras de sus hermosos cabellos estaba desatado y extendido como un velo cubriendo su frente y hasta sus ojos. Conocíase que se había servido de él para sepultar su rostro y sus lágrimas entre las tinieblas como en la inmovilidad anticipada de un sudario, y que sólo al oír mi voz lo había levantado incorporándose para venir á abrirme.

## XIX

Me arrodillé á su lado; cogí en las mías sus dos manos heladas; las llevé á mis labios para calentaron mi aliento, y cayeron en ellas algunas lágrimas de mis ojos. Comprendí por la presión convulsiva de sus dedos que había sentido aquella lluvia de corazón y me daba gracias por ella. Me quité mi paño de marino, lo eché sobre sus pies, y los envolví en él para abrigo.

Me dejaba obrar siguiéndome solamente con la vista con una expresión de feliz delirio, pero sin poder ayudarse á sí misma con ningún movimiento; me cogió un niño que se deja envolver en sus pañales y me llevó á la cuna. En seguida eché dos ó tres manojos de rama ó yerba seca en el hogar de la primera estancia para calentar un poco el aire. Los encendí con la llama de la lámpara, y volví á sentarme, en un rincón al lado del lecho de hojas.

«¿Qué bien me siento!» me dijo ella hablando en un tono dulce, igual y monótono, como si quisiera decir que todo hubiera perdido á un tiempo toda vibración y todo acento y no hubiese conservado más que una sola nota en la voz. «En vano he querido ocultártelo á mí misma, en vano he querido ocultártelo al mundo. Puedo morir, pero yo no puedo amar á otro que á tí. Han querido darme un esposo, y tú eres el esposo de mi alma. Tú en la tierra ó Dios en el cielo, este es el voto que hice el día en que comencé á quererte, que mi corazón estaba enfermo de tí. Bien sabes que no soy más que una pobre joven, indigna de que quisiera tus pies con mis pensamientos. Así es como yo jamás te he pedido que me amaras, y jamás te amaré si me amas; pero yo, ¡te amo, te amo, te amo!» y parecía concentrar toda su alma en estas palabras. «Y ahora, desprecíame, búrlate de mí, que yo te amo. Mófate de mí si quieres como de una pobre que sueña que es reina con sus harapos. Entré-

game á la irrisión de todo el mundo; yo les dire todos: Sí, le amo, y si hubieráis estado en mi lugar habriais hecho lo que yo, os habriais muerto ó habriais amado.»

## XX

Yo tenía los ojos bajos, no atreviéndome á levantarlos temeroso de que mi mirada la dijera demasiado ó muy poco para tanto delirio. Sin embargo, oírla levanté mi frente apoyada en sus manos y muré algunas palabras.

Ella me puso el dedo sobre los labios. «Déjame decirlo todo: ahora estoy contenta, no me queda duda, Dios ha hablado; escucha:

«Ayer, cuando me escapé de casa después de haber pasado toda la noche llorando á tu puerta, cuando llegué aquí, á pesar de la tempestad, estaba persuadida de que no volvería á verte, vine aquí como una muerta que marcha por sí misma al sepulcro. Mañana, al amanecer, debia hacerme religio. Cuando por la noche llegué á la Isla y llamé á las puertas del monasterio era demasiado tarde; no quisieron abrirme. Entonces vine aquí para pasar la noche y besar las paredes de la casa de mi padre, para entrar en la casa de Dios y en el sepulcro de mi corazón. Por conducto de un niño he escrito á una amiga mía suplicándola que viniera mañana á buscarme. Cogí la llave, encendí la lámpara de la Virgen, me arrodillé, é hice un voto, el cual es porque tú sabrás, si alguna vez amas, que yo siempre un resto de fuego en el fondo del alma, cuando se crea que todo está apagado. ¡Santa María, asegúrame que el amor no me engaña, y que verdaderamente á Dios una vida que no debe durar más que á él solo!

Esta es mi última noche entre los vivos, y

de la paso. Mañana tal vez vendrán á buscar aquí cuando ya no esté. Si es la amiga que me ha llamado á llamar la que viene primero, será se- que debo ejecutar mi designio, y la seguiré siempre al monasterio.

«Si fuese él... que guiado por mi ángel viniera á descubrir mi paradero y detenerme á los pies de otra vida... ¡Oh! ¡entonces será señal de que no volver con él para amarle el resto de mis

que sea él! añadí. Haced ese milagro más, vuestra voluntad y la de Dios. Para obtener un don, el único que puedo hacer yo tengo. He aquí mis cabellos, mis pobres y mis cabellos, que tanto le gustan á él y que tantas veces se rió para verlos flotar al viento sobre mis hombros. Tomadlos, yo os los doy, yo voy á cortarles para probaros que nada me importa y que mi cabeza sufre de antemano las tirantes de mañana los cortarían al separarme del

«Cuando esto apartó con la mano izquierda el paño de seda que cubría la cabeza, y cogiendo con la larga madeja de sus cabellos cortados que estaba sobre el lecho de hojas, me los enseñó pasrollándolos. «¡La Virgen ha hecho el milagro! continuó con voz más fuerte y con acento inimitable alegría. «Ella te ha traído. Iré donde quieras. Mis cabellos son suyos y mi vida tuya!»  
«Lancé sobre las trenzas cortadas de sus hermanitos, que quedaron en mis manos como una muerta arrancada del árbol, los llené de lágrimas estreché contra mi corazón, y los regué de como si hubiese sido una parte de ella misma. Después la vista en ella ví su hermosa cabeza que yo sepultaba muerta en la tierra. Después, pero como adornada y embellecida por el silencio, resplandecer de alegría y de amor en los pedazos negros y desiguales de sus cabellos cortados por las tijeras me pareció la estatua mutilada de la juven-

tud, cuya gracia y hermosura realzan las mismas mutilaciones del tiempo añadiendo la ternura á admiración. Aquella profanación de sí misma, aquel suicidio de su belleza por amor á mí, dieron al corazón un golpe que conmovió todo mi ser, y me obligó á precipitarme á sus pies humillando mi frente al suelo. Presentí que aquello era amar, y tomé por amor este presentimiento.

## XXI

¡Ahl no era el amor completo, sino su sombra que había en mí; era demasiado niño y sencillo para que no me engaÑase á mí mismo. Como que la adoraba, como merecían ser adorados por amante tanto amor, tanta inocencia y tanta hermosura. Se lo dije con ese acento sincero que da emoción y con esa pasión contenida que infunde la soledad, la noche, la desesperación y las lágrimas. Ella lo creyó, porque necesitaba creerlo para vivir porque ella misma tenía bastante pasión en el alma para cubrir la insuficiencia de otros mil corazones.

Así pasamos toda la noche conversando y entre los dos á esa confianza natural y pura de dos seres que se revelan inocentemente su ternura, y que quieren que la noche y el silencio fuesen eternos, para que nada extraño á ellos viniera á interponerse en la boca y el corazón. Su piedad y mi reserva tímida y el enternecimiento mismo de nuestras almas dejaban de nosotros todo peligro. El velo de nuestras lágrimas estaba sobre nosotros. Nada hay más temeroso de la voluptuosidad que el enternecimiento. Abusar de semejante intimidad hubiera sido preparar dos almas.

Tenía sus dos manos en las mías. Sentílas resquebrajarse á la vida; iba á buscar agua fresca para beberse en el hueco de mi mano ó para lavar mi frente y sus mejillas. Encendía el fuego arrojando en él algunas ramas, y volvía á sentarme sobre

al lado del haz de mirto donde reposaba su cabeza, para seguir escuchando las deliciosas confidencias de su amor; cómo había nacido en ella sin saberlo bajo las apariencias de una pura y dulce amistad de hermana; cómo se había alarmado al principio y tranquilizándose después; en qué había sentido que me amaba; cuántas muestras secretas de preferencia me había dado sin que yo me apercebiera de ello; qué día creía haberse descubierto; en qué momento había creído observar que yo pagaba su caridad con las horas, los gestos, las sonrisas, las palabras dulces y retenidas, las revelaciones ó las sombras misteriosas de nuestros rostros durante seis meses. Mi memoria lo había conservado todo; se lo recordo, como la yerba de la montaña del mediodía que es llevada por el viento durante el estío, conserva la huella del incendio en todos los sitios por donde ha pasado la llama.

## XXII

Yo añadía esas misteriosas supersticiones del alma que dan sentido y valor á las más insignificantes circunstancias. Levantaba, por decirlo así, como si quitara todos los velos de su alma delante de mí. Yo me basaba como á Dios con toda la desnudez de su alma, como si me basara en su infancia y de su abandono. El alma se vacía más que una vez en la vida esos momentos en que se vacía toda entera en otra alma con ese ardiente y bello inagotable de los labios que no pueden contener su amorosa expansión, y acaban por balbucear palabras inarticuladas y confusas como los besos que se duermen.

Yo me cansaba de escuchar, de gemir y de llorar alternativamente. Aunque mi corazón, demasiado ligero y verde de juventud, no estuviera demasiado maduro ni fuese bastante fecundo para proporcionar si mismo tan abrasadoras y divinas emociones, aquellas emociones hacían al caer en el mío

una impresión tan nueva y deliciosa que al sentirlos creía experimentarlas. ¡Error! ¡Yo era la nieve y ellos el fuego! Al reflejarlas creía producir las. No importaba que aquel rayo reflejado de uno en otro parecía pertenecer á los dos, y envolvernos en la atmósfera del mismo sentimiento.

## XXIII

Así transcurrió aquella larga noche de invierno que no tuvo para ella ni para mí sino la duración de un primer suspiro de amor. Así es que cuando rayó el nuevo día nos pareció que veíamos á interrumpir aquella palabra apenas comenzada.

El sol, sin embargo, estaba muy alto sobre el horizonte cuando sus rayos se deslizaron sobre los portigos cerrados é hicieron palidecer la luz de la lámpara para. En el momento en que abrí la puerta, vi toda la familia del pescador que subía corriendo por la escalera.

La joven religiosa de Prócida, amiga de Graziella á quien había escrito la vispera y confiado el desahucio de entrar al día siguiente en el monasterio, se precipitando algún raptó de desesperación, había anunciado aquella noche á uno de sus hermanos á Nápoles para comunicar á la familia de Graziella su resolución. Informados así de su paradero, llegaron todos aceleradamente contentos y arrepentidos una vez, para detenerla al borde de su desesperación y conducirla libre y perdonada en su compañía.

La abuela se arrodilló junto á la cama empujando con sus dos brazos á los niños que había llevado por enternecerla; y cubriéndose con sus cuerpos con un escudo contra las reconvenciones de su nieto. Los niños se arrojaron gritando y llorando en los brazos de su hermana. Al levantarlos para acariciarlos y abrazar á su abuela, se cayó el pañuelo que cubría la cabeza de Graziella, dejándola ver despojado de sus cabellos. A la vista de aquellos ultrajes

á su hermosura, cuyo sentido comprendieron demasiado, se estremecieron y prorrumpieron todos en nuevos sollozos. La religiosa que acababa de entrar, calmó y consoló á todo el mundo; recogió las trenzas cortadas de la frente de Graziella, las tocó á la imagen de la Virgen, envolviéndolas en un pañuelo de seda blanco y las echó en el delantal de la abuela. «Guardad estos cabellos», la dijo, «para mostrarlos de vez en cuando en su felicidad ó en sus penas, y para recordarla cuando sea del hombre á quien ama, que las primicias de su corazón deben ofrecerse siempre á Dios, como las primicias de su hermosura le pertenecen en esta cabellera.

## XXIV

Al anochecer volvimos todos juntos á Nápoles. El día que yo había desplegado por buscar y salvar á Graziella en aquella ocasión, había redoblado el dolor que me tenían la vieja y el pescador. Ninguno de ellos sospechaba la índole del interés que tomaba en ella, ni el cariño que me demostraba, atribuyéndole toda su repugnancia á la deformidad de su cuerpo, esperando vencer esta repugnancia con la esperanza del tiempo. Prometiéronla no hacerla más que una criada para que se casara, y hasta el mismo día suplicó á su padre que no volviera á hablarla de semejante asunto, pidiendo á su prima con su humildad, su actitud y sus miradas, perdón de haberse olvidado de su pena. La calma volvió al día siguiente á aquella buena familia.

## XXV

Ya empañaba ya el rostro de Graziella ni su fealdad ni el pensamiento que aquella felicidad sería tan temprana interrumpida por mi regreso á mi

país era únicamente lo que le preocupaba. Cuando se pronunciaba el nombre de Francia, la pobre ven se ponía pálida como si hubiera visto el fantasma de la muerte. Un día, al entrar en mi cuarto hallé toda mi ropa hecha á pedazos y tirada por el suelo. «Perdóneme, me dijo Graziella arrodillándose á mis pies y levantando hacia mí su rostro dempuñado y compungido; yo soy la que ha ocasionado estas cosas y sombras. ¡Oh! no me riñas. Todo lo que me recuerda que debes abandonar un día ese traje marino me hace demasiado daño, por que se figura que vas á despojarte del corazón que hoy tienes para tomar otro cuando te pongas tus ropas de otro tiempo.»

A excepción de estas leves borrascas, debidas á la vehemencia de su ternura, y que se apaciguaban siempre con unas lágrimas en nuestros ojos, transcurrieron así tres meses en una felicidad imaginaria que la menor realidad debía romper al tocar. Nuestro Edén estaba sobre una nube.

Así es como conocí el amor.

## XXVI

¡Qué dichosos éramos los dos cuando podíamos olvidar completamente que existía otro mundo allá de nosotros, otro mundo diferente de aquel casita situada en la colina del Pausilippo; que no habría haber algo más que aquel terrado al sol, aquel humilde aposento donde trabajábamos jugando la mitad del día; aquella barca acostada en su lecho de arena sobre la playa y aquel hermoso mar, que con la frescura y melodía de sus aguas nos traía el viento húmedo y sonoro.

Más ¡ay! había horas en que no podíamos ni de pensar en que el mundo no acababa allí, que vendría un día que nos encontraríamos juntos, el mismo rayo de luna ó de sol. He hecho muchas veces acusar tanto la sequedad de mi corazón entor-

torándolo con lo que después ha sentido. En el momento comenzaba á amar á Graziella mil veces más que á mí mismo me parecía. Si no la hubiera conocido tanto, la huella que dejó para toda mi vida en mi alma no habría sido tan profunda y dolorosa, tan imagen estaría tan grabada y tan adherida á mi memoria. Aunque entonces fuese de arena mi corazón, aquella flor marina se arraigaba en él y más de una estación, como los lirios milagrosos que en la playa se arraigan en las arenas de la isla de

## XXVII

¿Qué ojos asaz privados de luz, qué corazón tan pronto apagado al nacer no la hubiera amado? Su vida parecía desarrollarse de la noche á la mañana en su amor. Ella no crecía ya; pero se perfeccionaba en todas sus gracias, gracias ayer de niña y hoy de doncella. Sus formas esbeltas se convertían en contornos más suaves y más redondeados por la adolescencia. Su estatura ganaba en firmeza sin perder su elasticidad. Sus hermosos pies no pisaban ya tan ligeramente el suelo, que se arrastraban con esa indolencia y esa languidez que parecen imprimir á todo el cuerpo el sello de los primeros pensamientos amorosos de la

Los cabellos brotaban con la savia fuerte y espesa de las plantas marinas bajo las tibias olas de la vida verdadera. Yo me divertía frecuentemente en meter mis dedos que crecían estirando sus rizos á lo largo de los pliegues por el talle galoneado de su sobrevesta. Su cutis se ponía cada día más blanco y sonoro, como si quisiera competir con el polvo del mundo que todos los días teñía la yema de sus dedos. Sus ojos se engrandaban y se abrían cada día más, para abrazar un horizonte que se la hubiera escapado de repente. Era el asombro de la vida

cuando Galatea siente la primera palpitación en el mar durante horas enteras? ¿Ves algo que conmigo cierta pudorosa reserva y cierta timidez entre nosotros no veamos?—Veo la Francia detrás de las más había tenido. Y lo advertía y permanecía en Francia? añadía yo.—Veo uno que se pado y trémulo á su lado. Hubiérase dicho que éramos más que dos en Francia? añadía yo.—Veo uno que se pados criminales, cuando no éramos más que dos en Francia? añadía yo.—Veo uno que se pados muy largo y blanco que no se acaba. Marcha ños demasiado dichosos.

Y sin embargo, hacía ya algún tiempo que aquella felicidad se ocultaba ó revelaba un fondo de tristeza. No sabíamos á punto fijo por qué, pero destino lo sabía. Era el presentimiento de la brevedad del tiempo que nos quedaba de estar unidos.

## XXVIII

Algunas veces Graziella en vez de tomar alegremente su labor después de haber vestido y peinado sus hermanitos, permanecía sentada al pie del terrado á la sombra de las grandes hojas de una higuera que subía hasta el pretil de la azotea. Allí continuaba inmóvil con la vista extraviada durante horas enteras. Si su abuela la preguntaba si estaba enferma contestaba que no tenía nada, solamente que se había llabado cansada antes de haber trabajado. Entonces quería que la preguntasen más, y apartaba el rostro de todo el mundo, excepto de mi, á quien se quedaba mirando largo rato, pero sin decir palabra; algunas veces se movían sus labios como si hablara; pero balbuceaba palabras que nadie entendía. Sus mejillas, tan pronto blancas como sonrosadas, temblaban ligeramente como la superficie del agua dormida cuando siente las brisas de la mañana; pero cuando yo me sentaba á su lado, cuando le cogía la mano cuando le hacía cosquillas en las largas pestañas, cuando sus ojos cerrados, con el ala de mi pluma ó con el ramito de romero, entonces lo olvidaba todo, echaba á reír y á hablar como antes, bien que un poco rato volvía á ponerse triste.

veces le decía: «Graziella, ¿qué es lo que miras en el mar durante horas enteras? ¿Ves algo que con nosotros no veamos?—Veo la Francia detrás de las más había tenido. Y lo advertía y permanecía en Francia? añadía yo.—Veo uno que se pado y trémulo á su lado. Hubiérase dicho que éramos más que dos en Francia? añadía yo.—Veo uno que se pados criminales, cuando no éramos más que dos en Francia? añadía yo.—Veo uno que se pados muy largo y blanco que no se acaba. Marcha volver la cabeza; siempre, siempre adelante, y yo ando horas enteras esperando que se vuelva, ¡pero se vuelva!» Y en seguida ocultaba su rostro en el terrado, y por más que la llamaba yo con los nombres más cariñosos, no levantaba ya su hermosa cabeza.

Volvíame entonces triste á mi cuarto; quería leer y distraerme, pero veía siempre su figura entre las hojas y la página del libro. Parecíame que las palabras tomaban una voz y suspiraban como nuestros suspiros. Comunmente acababa siempre por llorar; pero avergonzándome de mi melancolía, y para no volver á pensar en ella, me decía á Graziella que había llorado. Hacía una lágrima mía la hubiera hecho tanto bien!

## XXIX

Acuerdo de la escena que más pesadumbre la tenía y que jamás pudo olvidar completamente. Hacia algún tiempo que se había hecho amiga de tres jóvenes casi de su edad que habitaban en unas casitas contiguas, las cuales salían al jardín á coser los vestidos de una casa de educación de francesas. El rey Murat había establecido una casa en Nápoles para las hijas de sus ministros de sus generales. Estas jóvenes procitanas hablaban frecuentemente desde abajo, mientras hacían su labor, con Graziella, que las miraba asomada al terrado, enseñándola los hermosos encajes, las sedas, los bonitos sombreros, los elegantes vestidos, las cintas y los chales que traían ó llevaban las jóvenes alumnas de aquel convento. Todo



esto promovía entre ellas incesantes exclamaciones de asombro y de admiración. Algunas veces venían las costureras en busca de Graziella para llevarla a misa ó á las visperas cantadas en la capilla de Pausilippo. Yo salía al encuentro de ellas cuando se ponía el sol y cuando la campana me avisaba que el sacerdote iba á dar la bendición. Nos volvíamos jugando y loqueando por la playa, avanzando por encima de la huella de la ola cuando se retiraba y huyendo delante de ella cuando volvía, formando una guirnalda de espuma sobre nuestros pies. ¡Dios mío! ¡qué linda estaba entonces Graziella cuando temiendo mojar sus babuchas bordadas de lentejuelas de oro corría con los brazos tendidos hacia mí, como para refugiarse sobre mi corazón de la que parecía querer lamérla los pies!

## XXX

Notaba yo hacía algún tiempo que Graziella me ocultaba algo de sus pensamientos, pues tenía conversaciones secretas con sus amigas las costureras. Aquello era una especie de conspiración en la cual yo no me admitían.

Una noche estaba leyendo en mi cuarto á la luz de una lámpara; mi puerta, que daba al terrado, estaba abierta para dejar entrar la brisa del mar. Oí ruidos largos cuchicheos de muchachas, risas reprimidas luego quejas, reconvenciones, después nuevas carcajadas interrumpidas por largos intervalos de silencio en la estancia de Graziella y de los niños. Al principio no presté grande atención.

Sin embargo, el mismo cuidado que ponían para sofocar los cuchicheos y la especie de misterio que esto probaba de parte de aquellas jóvenes excitó mi curiosidad. Dejé el libro, cogí la lámpara y me acerqué con la mano izquierda, la abrigué con la derecha contra las bocanadas de viento para que no se apagase; atravesé sigilosamente el terrado; aplic

me acerqué á la puerta de Graziella; oí rumor de pasos que iban y venían por la estancia, crujidos de telas que se doblaban ó desdoblaban, el sonido de los dedos de las tijeras, ese rumor de mujeres ocupadas en cortar y arreglar vestidos y adornos, que había oído tantas veces en casa de mi madre cuando mis hermanas se vestían y aderezaban para el baile. Yo había fiesta al día siguiente en el Pausilippo. Graziella no había pensado jamás en realzar su herencia por medio de un esmerado adorno. No tenía en su tocado un espejo en el cuarto, y se miraba en el cubo de agua del pozo del terrado, ó más bien no se miraba sino en mis ojos.

Como mi curiosidad no resistió aquel misterio. Empujé con la rodilla, cedió al punto, y aparecí en el umbral con la lámpara en la mano.

Las jóvenes costureras lanzaron un grito y se esparcieron como una bandada de pájaros, refugiándose en los rincones de la estancia como si hubieran sido sorprendidas en un crimen. Todavía conservaban en sus manos los objetos de confección. La una el hilo, la otra las tijeras, quien las flores y quien las cintas; Graziella, colocada en medio del aposento como una banqueta, y como petrificada por mi inesperada aparición, no había podido escaparse. Estaba mirada como una granada. Tenía los ojos bajos y no se atrevía á mirarme, ni aun á respirar. Todas estaban esperando que yo hablase; pero yo no decía nada más que absorto que estaba en la sorpresa y en la confusión muda de lo que veía.

Graziella se había quitado los vestidos de lana y se cubría con la sobrevesta guarnecida al estilo de Próxeno que se entreabre sobre el pecho para dejar libre la respiración á la doncella y la fuente de vida en sus babuchas de lentejuelas de oro y tacón de plata, en las que holgaban ordinariamente sus pies desnudos, los largos alfileres de cabeza de cobre que se enrollaban transversalmente sus cabellos negros, la verga de una barca arrolla la vela. Sus pendientes eran sus brazaletes y sus vestidos ordinarios estaban aplicados sobre la cama.



jar caer las flores de su frente ó arrugar el vestido. No podía andar, hasta tal punto oprimía el calzado sus pies y daba cierta graciosa torpeza á sus pasos. Hubiérase dicho que era la Eva candorosa de aquélla playa de sol cogida en el lazo de su primera coquetería.

## XXXI

El silencio reinó algunos minutos en la estancia. Al fin, más apesadumbrado que contento de aque-lla profanación de la naturaleza, me aproximé á ella haciendo una mueca algo burlona, mirándola con cierta expresión de reconvencción y tierna burla, y apartando reconocerla con dificultad con aquellos ojos que habríá reconocido jamás á la hermosa procitana de esta muñeca de París? Vamos, continué algo ásperamente, ¿no te avergüenzas de desfigurar así lo que Dios ha hecho tan encantador como un traje sencillo y natural? Por más que hagas, nunca serás más que una hija de las olas, de pie marino, tocada y embellecida por los rayos de tu hermoso cielo. Es preciso que te resignes y des gracias á Dios. Esas plumas de pájaro enjaulado jamás vendrán bien á la golondrina del mar.»

Estas palabras la hirieron en lo más vivo del corazón, porque no comprendía cuánta era la importancia que daba á la golondrina de mar. Ella que se desafiaba á que se pareciera jamás á una hija de mi raza y de mi país. Pensó que eran pedregales por causa mía y engañar mis ojos acerca de su humilde condición. Prorrumpió en llanto, y sentándose sobre la cama y ocultando su rostro con las manos, dijo en tono enojado á sus amigas que fueran á embarazarla de su odioso adorno. «Bien sabías que dije gimiendo que no era más que una pobre procitana; pero creía que cambiando de vestidos

conzaría tanto algún día si te seguía á tu país. No te preocupes, lo que es preciso continuar siendo lo que soy, vivir donde he nacido, pero tú no debías echarme estas palabras arrancó con despecho las flores, la pañoleta, y arrojándolas lejos de sí con un acceso de cólera, las pisoteó dirigiéndolas palabras de reconvencción como su abuela había hecho con las flores de la barca después del naufragio. En seguida, cuando hacia mí apagó la lámpara que tenía en la mano para que no la viese por más tiempo en aquel momento que tanto me había desagradado.

Entonces conocí que había hecho mal en chanfletando con ella de aquella suerte, y que la burla que yo le había hecho no la había reñido porque la encontraba mil veces más encantadora como procitana que como francesa, y así era como yo me acordaba de ella; pero el golpe estaba ya dado, y ella no iba á oírme y siguió sollozando. Mis amigas la desnudaron y no volví á verla hasta el día siguiente, vestida ya otra vez con su traje de procitana, pero tenía los ojos colorados á causa de las lágrimas que aquella broma la había hecho derramar durante la noche.

## XXXII

En aquellos días empecé á sospechar que las cartas que yo recibía de Francia hablaban de mi próxima vuelta á mi país. No se atrevía á ocultármelas, pero era incapaz de engañarme; pero algunas veces me quedaba nueve días, y las prendía con uno de los alfileres dorados detrás de la estampa de la Virgen ligada en la pared al lado de su cama. Pensaba que si por alguna vez me acordaba de la Virgen enternecida por las muchas novenas que yo le dedicaba por el amor de nuestro amor, cambiaría milagrosamente el contenido de las cartas, y transformaría las órdenes que yo recibía en invitaciones para que me quedase en mi país. A mí no se me escapaba ninguno de estos

inocentes fraudes, que la hacían cada vez más querida y adorable, pero la hora fatal se aproximaba.

## XXXIII

Una noche de los últimos días del mes de Mayo llamaron violentamente á la puerta. Toda la familia dormía. Fui á abrir. Era mi amigo. «Vengo á buscarte, me dijo. Aquí tienes una carta de tu madre. No resistirás á sus ruegos. Los caballos están dispuestos para las doce de la noche. Son las once. Partamos, ó no partirás nunca. Tu madre se morirá. ¿Sabes hasta qué punto la hace tu familia responsable de todas tus faltas. ¿Se ha sacrificado tanto por tí? Sacrificate un momento por ella. Te juro que volveré contigo á pasar el invierno y un otro año entero en este país; pero ahora conviene que te presentes á tu familia, y obedezcas las órdenes de tu madre.

Conocí que estaba perdido. «Espera un momento», dije á mi amigo.

Entré en mi cuarto y metí aceleradamente las ropas en mi maleta. Escribí á Graziella, diciéndole cuanto la ternura podía expresar en un corazón de diez y ocho años, y cuanto la razón podía aconsejar á un hijo que quiere á su madre. Yo la juraba, como me lo juraba á mí mismo, que antes de cuatro meses estaría á su lado, y que apenas me separaría de ella más. Confiaba la incertidumbre de nuestro destino futuro á la Providencia y al amor. La dejé una bolsa para que ayudase á sus abuelos durante mi ausencia. Luego que cerré la carta me aproximé silenciosamente, y arrodillándome en el umbral de mi aposento, besé la piedra y la madera y eché el billete por debajo de la puerta. Para no ser sentido tuve que devorar los sollozos que me ahogaban.

Mi amigo me cogió del brazo, me levantó y me llevó consigo. En aquel momento Graziella, á quien sin duda había alarmado aquel ruido inusitado, había abierto la puerta. La luna alumbraba la azotea. La pe-

niña reconoció á mi amigo y vió al criado que llevaba mi maleta. Extendió los brazos, lanzó un grito de terror, y cayó inanimada sobre el terrado. Yo me lanzamos hacia ella, la levantamos y la llevamos sin conocimiento á su cama. Toda la familia se echó. Echáronle agua en la cara y llamáronla con las voces que le eran más queridas; pero hasta cuando escuchó la mía no recobró el sentido. «Ya lo ves, mi amigo, vive; el golpe está dado; prolongada despedida sería causar una reacción terrible.» Me arrancó de mi cuello los brazos helados de la joven, y se arrancó de la casa. Una hora después avanzaba por el camino de Roma silenciosamente y en la oscuridad de la noche.

## XXXIV

La carta que dejé escrita á Graziella la daba las señas con que había de dirigir las suyas. La primera vez que recibí de ella fué en Milán. Decíame que su salud se encontraba bien, pero su espíritu enfermo; pero, en embargo, fiaba en mi palabra y me esperaba para el mes de Noviembre.

Cuando llegué á Lyon hallé otra carta más tranquila y confiada. Dentro de ella venían algunas hojas de papel rojo que crecía en el pretil del terrado, cerca de mi aposento, y de cuya mata arrancaba todos los domingos una flor para adornar mis cabellos. ¿Era para enviarme algo que la hubiese servido para dirigirme una tierna reconvención bajo un símbolo, y recordarme que había olvidado sus cabellos por mí?

Yo me acordé, «que había tenido calentura, que estaba en el corazón, aunque experimentaba alivio en día; que para mudarse de aires y restablecerse completamente, la habían enviado á casa de sus primas, hermana de Cecco, situada en el monte, colina elevada y sana que domina á Ná-

Transcurrieron después más de tres meses sin recibir ninguna otra carta. Todos los días pensaba en Graziella. Debía volver á Italia á principios del invierno próximo. Su imagen triste y encantadora se me aparecía como un recuerdo doloroso, y á veces también como una tierna reconvencción. Hallábase en esa edad ingrata en que la ligereza y la imitación hace que un joven se avergüence de sus mejores sentimientos; edad cruel en que los más hermosos dones de Dios, el amor puro, las afecciones candorosas caen sobre la arena y son arrebatadas en flujos por el viento del mundo. Esa vanidad irónica que mis amigos combatía frecuentemente en mí la tenia oculta y viva en el fondo de mi corazón. Nunca me hubiera atrevido á confesar sin avergonzarme exponerme al ridículo, el nombre y la condición del objeto de mi sentimiento y de mi tristeza. Graziella no estaba olvidada, pero yacía oculta en mi vida. Aquel amor que encantaba mi corazón humillaba mi respeto humano. Su recuerdo, que alimentaba solamente en mí la soledad, me perseguía en el mundo casi como un remordimiento. ¡Cuántas veces me avergüenzo ahora de haberme avergonzado entonces! ¡Oh! ¡Qué no hubiera conocido antes como conozco hoy que un solo rayo de alegría, una sola lágrima de sus castos ojos valía cien veces más que todas aquellas miradas y falsas sonrisas que me hacían sacrificar en parte su adorada imagen! ¡Ay! El hombre demasiado joven es incapaz de amar porque no sabe el valor de nada, y no conoce la verdadera felicidad, sino después de haberla perdido. Hay más savia loca y sombra flotante en las tiernas plantas del bosque; pero hay más fuego en el viejo corazón de la encina.

El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. A los diez y ocho años no es conocido, sólo es imaginado. En la naturaleza vegetal, cuando aparece el fruto, las hojas caen; acaso suceda lo mismo en la naturaleza humana. Muchas veces he pensado en esto después, cuando empezaban á blanquear mis cabellos, y me he reconvenido de no haber conocido

antes el precio de aquella flor de amor. Yo no sé más que vanidad. La vanidad es el más necio y cruel de los vicios, porque nos hace avengonzar de nuestra misma felicidad.

## XXXV

Al volver del baile en una noche de los primeros de Noviembre, me entregaron una carta y un paquete que un viajero de Nápoles había traído para mí. El viajero desconocido me decía en la carta que era amigo suyo, director de una fábrica de coral de Nápoles, y me le había encomendado un mensaje importante para mí; pero como las noticias que traía eran tristes y tenebrosas, no quería verme, y sólo me rogaba que le acusase recibo del paquete.

Al abrir el paquete temblando. Bajo la primera cubierta contenía la última carta de Graziella reducida en estas palabras: «El doctor dice que moriré antes de tres días. No te preocupes por mí. Decirte adiós antes que pierda las fuerzas. Si estuvieras aquí, viviría! Pero es la voluntad de Dios. Te hablaré pronto y siempre desde los cielos. Ama mi alma. Ella te acompañará en tu vida. Te dejo mis cabellos que una noche me regaló Graziella. Conságralos á Dios en alguna iglesia para que tengas algo mío á tu lado!»

## XXXVI

El amor verdadero es el fruto maduro de la vida. A los diez y ocho años no es conocido, sólo es imaginado. En la naturaleza vegetal, cuando aparece el fruto, las hojas caen; acaso suceda lo mismo en la naturaleza humana. Muchas veces he pensado en esto después, cuando empezaban á blanquear mis cabellos, y me he reconvenido de no haber conocido antes el precio de aquella flor de amor. Yo no sé más que vanidad. La vanidad es el más necio y cruel de los vicios, porque nos hace avengonzar de nuestra misma felicidad.

se esparció una sombra de su muerte sobre mi rostro y sobre mi juventud.

Doce años después volví á Nápoles; busqué huellas, pero no las encontré ni en la Margellina en Prócida. La casita de la Isla estaba completamente arruinada. No había más que un montón de piedras encima de una cueva donde los cabreros abrigan su ganado durante las lluvias. El tiempo arruina pronto las cosas terrestres y borra sus vestigios; pero no borra jamás las huellas del primer amor en el corazón que ha atravesado.

¡Pobre Graziella! Muchos días han pasado desde aquellos días. He amado y he sido amado. Otros ojos de belleza y de ternura han iluminado mi oscuro camino. Otras almas se han abierto á mi para velarme en los corazones de las mujeres los tesoros más misteriosos de hermosura, de santidad y de pureza que Dios ha animado sobre la tierra, para que nosotros comprendamos, presentir y desear el cielo; pero nada ha empañado tu primera aparición en mi corazón. Cuando más he vivido, más me he aproximado á tí con el pensamiento. Tu memoria es para mí como esos fuegos de la barca de tu padre, que en la distancia desprende de todo humo y brillan con tanta más fuerza cuanto más se alejan de nosotros. Sé dónde duermen tus despojos mortales ni si quien te llora todavía en tu país; pero tu verdadero sepulcro está en mi alma. Allí es donde estás recordada y sepultada toda entera. Tu nombre no hiera más en vano mi oído. Amo la lengua en que se pronuncia, y conservo siempre en el fondo de mi corazón una lágrima que filtra gota á gota y cae como un secreto sobre tu memoria para refrescarla y embalsamarla en mí (1829).

## XXXVII

Al anochecer de un día del año 1830 entré en la iglesia de París, y vi el féretro de una doncella

con un sudario blanco. Aquel féretro me recordó á Graziella. Me oculté á la sombra de una columna, pensé en Prócida, y lloré largo rato. Mis lágrimas se secaron, pero las nubes que han atravesado mi pensamiento durante aquella noche de sepultura, no se desvanecieron. Volví sigiloso á mi alojamiento. Desarrollé los recuerdos guardados en esta larga nota, y escribí llorando los versos titulados *el Primer pesar*. Esta nota, debilitada por veinte años de distancia, es la expresión de un sentimiento que hizo brotar la primera fuente de mi corazón. Pero se advierte todavía en ella la emoción de una fibra íntima que ha sido herida y jamás curada completamente.

Estas estrofas, bálsamo de una llaga, rocío de mi corazón, y perfume de una flor sepulcral, no tienen más que el nombre de Graziella. ¡Yo lo he encerrado en una estrofa si hubiera en este mundo un cristal bastante puro para guardar aquella lágrima, aquel recuerdo, aquel nombre!

Estos versos empapados en lágrimas he escrito con la dureza y la ingratitud de mi corazón de ocho años. ¡Jamás puedo leer aquellos versos sin recordar aquella fresca imágen que presentará á mi memoria las olas transparentes del mar de Nápoles.... y sin odiarme á mí mismo por haber olvidado las almas perdonan en el cielo! La suya me perdonado. ¡Perdonadme también vosotros amadores! os lo suplico con lágrimas en los ojos.

FIN DE GRAZIELLA

55108

5

Monterrey, Enero 15 de 1904

José Alvarado

de pie...  
preros abri...  
El tiempo...  
orra sus vesti...  
ruellas del prime...  
gado. ...  
do desde...

**RAFAEL**

(PÁGINAS DE LOS VEINTE AÑOS)

VENDESE

EN LA

**LIBRERIA GENERAL**

COMERCIO 21.

MONTERREY, N. L.





